

ARTE Y TOTALITARISMO

El cable informó que Khomeini había prohibido toda música en Irán, reiterando, de paso, su repudio por el teatro y el cine. Tales artes, arguyó, "sacan de la realidad", provocan "un estado mental inferior", "obnubilan el cerebro", "deforman", "adormecen", son "opio" espiritual, inducido por planes "satánicos" de Occidente. Ignoro si la revolución de los "iluminados" ahogará toda libertad creadora, en caso de que ésta existiera antes. Pero el hecho es tan decidor, que invita a plantear el problema general del totalitarismo frente al arte: su necesidad interna de reprimirlo. Llamo totalitario al régimen que controla *toda* la vida de sus súbditos —también el espíritu en cuanto es posible—, y que instituye la *sacralización del poder político* como absoluto o "divino".

De las artes, parece superfluo recordar que su efecto propio es sacarnos de la realidad epidérmica —la que puede controlar el Estado— para sumirnos en la realidad profunda que escapa a su tutela policial: de allí su índole "peligrosa". El arte es un estado vital superior, que despierta la conciencia, formando al individuo y a la sociedad. Una armonía musical, una imagen lograda, un juego de colores estimula el tono vital y espiritual: toda belleza es tonificante. Añadiré, con Pound, que del arte hemos recibido una gran porción de los conocimientos confiables sobre la naturaleza humana; por eso el arte es un fundamento de la ética social y del civismo. Resulta obvio, entonces, por qué el régimen totalitario —que es a la par mentira política e inmoralidad cívica— *debe* reprimir la creación artística como un alto riesgo, el de la verdad humana, y como un peligro público, el del estado de derecho.

No creo casual que la represión iraní invoque el satanismo de Occidente. El cuento es viejo. El comunismo soviético llamó "putrefacta" a la cultura occidental, "cosmopolitismo burgués", etc. Los guardias rojos de Mao proclamaron: "Aplastemos todos los *cráneos* occidentales". Esta unanimidad chauvinista atestigua que la calidad artística de Occidente y su carácter de reserva libertaria del planeta no son hechos separados, por más que también él encierre gérmenes de totalitarismo.

Voegelin ha llamado "función coránica" a esta norma: lo que

no está en el Corán, sobra; ¡a la basura! La Iglesia, siendo total y no totalitaria, salvó del olvido tantas tradiciones culturales, aún las ajenas, como los escritos de la antigüedad clásica; y ha estado ligada a grandes creaciones plásticas y musicales de la historia. Coránico, en cambio, fue el joaquinismo medieval: su *Evangelium aeternum* hacía innecesario todo otro texto. Así también Calvino en el siglo xvi: sus *Institutes* lo contenían “todo”, aún la Biblia era superflua. Dos siglos después, Diderot y D’Alembert pedían el mismo privilegio para la Enciclopedia francesa: todo saber anterior ya estaba allí, todo saber posterior sería su suplemento. Comte hizo lo propio con su obra. Y el comunismo, en nuestro tiempo, ha ejercido este papel por excelencia. Ahora la función *coránica* retorna en su sentido arcaico y literal.

En los momentos de peor servidumbre, los hombres se dirigen a los poetas: “son ellos los que preparan la caída de los Titanes”, dice Vintila Horia; esta caída, a su vez, permite una nueva floración de libertad creadora, en un continuo círculo vital. La disidencia rusa ha vivido por 60 años en sus escritores. En Polonia, Hungría y Checoslovaquia son ellos quienes levantaron al pueblo contra el yugo comunista. El caso soviético es el arquetipo. La gran literatura rusa de este siglo ha sido rebelde; los escritores dóciles han sido los literariamente mediocres. El amor entre los artistas y la revolución duró poco: se fundaba, a lo ruso, en motivos mesiánicos, religiosos, místicos. Muy pronto esta utopía se transformó en su antípoda: ya en 1922, “los ángeles se convirtieron en gendarmes”, como dijo Cioran.

Entre los 40 y tantos escritores de peso que se aliaron a “su” revolución en 1917, más de 20 murieron ejecutados o en algún rincón del Gulag; siete se suicidaron; otros fueron silenciados o deportados. Gorki fue asesinado por Stalin, Essenin se ahorcó; Maiakovski, el gran poeta de la revolución, se suicidó en 1930 después de escribir: “pero yo/ me sometí/ de grado/ y puse mi talón/ en la garganta/ de mi propia canción”. Dirá Pasternak: “todos ellos han sufrido de una manera indescriptible, hasta aquel punto cuando la angustia es una enfermedad mental”. Con Stalin se terminaron los artistas rusos. Sholajov, que no es disidente, dirá en 1954 a los escritores soviéticos: “Queda como nuestra plaga típica ese torrente gris de la literatura mediocre y descolorida, que en los últimos 20

años nos inunda". Es la obra del *realismo socialista*, la estética oficial del régimen, con sus héroes sociales, sus personajes edificantes, sus trabajadores modelo: mediocridad asfixiante bajo la vigilancia de comisarios casi analfabetos, quienes de paso prohíben la pintura impresionista y la música dodecafónica, como sospechosas de contrarrevolución y "reaccionarias". Tras el breve deshielo de 1956, se levantan dos escritores inmensos, Pasternak y Solzhenitsyn, intactos bajo 30 años de silencio subterráneo, emergiendo como disidentes, dentro de la gran tradición espiritual rusa: Dostoiewsky y Tolstoi.

Lamento no tener ya espacio para abordar los horrores de la Alemania de Hitler, que no van en zaga a los anteriores; sólo que duraron mucho menos y, al cabo, recibieron el repudio casi universal. Su simiente, en todo caso, no ha muerto sin más. El caso de Cuba, por su vecindad, se presta también a reflexiones muy instructivas. La conclusión es clara: el derecho a la belleza es tan esencial como los demás derechos del hombre. Necesitamos cantar, escribir, pintar, oír, leer, mirar, igual como necesitamos comer y respirar. Dondequiera que el poder político tiende a ser absoluto y a consagrarse como religión, sobreviene la decadencia de las artes y la dolorosa y oscura hibernación del espíritu, bajo el nombre de la libertad: liberación, revolución, deportación, campo de concentración, paredón para los peligrosos artistas, esos tábanos socráticos que pican desesperadamente sobre el cuero duro de la bestia social adormecida.

JOSÉ MIGUEL IBÁÑEZ